

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA,

consagrado á la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 575 Alicante 10 de Diciembre de 1881. Año XII.

EL DOGMA

DE LA INMACULADA CONCEPCION.

y el Socialismo.

La historia de los dogmas católicos es la historia misma de las herejías, y aún nos atreveremos á decir que no es posible conocer bien aquella sin haber estudiado esta. La declaracion de un dogma católico no es más que la afirmacion solemne por parte de la Iglesia de la verdad negada por los herejes. Si reunimos las verdades negadas por cada uno de los heresiarcas que se han levantado desde los primeros tiempos de la Iglesia, habremos formado el catálogo completo de los dogmas católicos.

Se ha dicho que la Iglesia inventa los dogmas, y esto solo ha podido ser dicho por la ignorancia. La Iglesia recibió íntegro el depósito

de la Fé, y nada pone en él, nada quita. Los herejes, al negar tal ó cual verdad de las contenidas en el depósito de la divina revelacion, obligan á la Iglesia á declarar *explícitamente y de una manera solemne* que aquella verdad ha sido revelada, y que deben creerla cuantos quieran permanecer dentro de su comunión. El hecho mismo de ser negada una verdad prueba que ya anteriormente era profesada. Ario, Macedonio, Apolinar, Pelagio, Nestorio, Entiques, Sergio y tantos otros herejes atacaron respectivamente ora uno ora otro dogma profesado por la Iglesia, contra los cuales se reunieron Concilios que condenaron las nuevas doctrinas, *novitates*, y afirmaron solemnemente los dogmas negados por ellos.

No es esto solo. La declaracion de los dogmas católicos ha respondido siempre á una necesidad social. Todas las herejías han traído consigo

trastornos y perturbaciones en el orden social. Por eso, hasta que en el mundo no ha reinado el liberalismo, que es el desorden erigido en sistema, las heregías han sido consideradas siempre crimen de estado, y como tal castigadas por las leyes civiles. ¿Qué de trastornos y males no ocasionó el arianismo y las demás heregías que le sucedieron? Y posteriormente ¿de qué violencias no se hicieron reos los albigenses y últimamente los protestantes en todos los países en donde lograron penetrar? España tendrá que agradecer siempre al tribunal de la Inquisición, digan lo que quieran en contrario necios declamadores, el haberla librado de los horrores de las luchas religiosas que tantas ruinas y desastres han causado en otras naciones.

La gran heregía de nuestros tiempos es el socialismo, fórmula la más radical del liberalismo que á su vez no es otra cosa que la síntesis de todos los errores del racionalismo y materialismo modernos. Toda la doctrina socialista arranca de la negación de un dogma católico, el de la caída de nuestros primeros padres y propagación de la culpa original.

Ya en el siglo iv el monje breton Pelagio habia enseñado y propagado estos errores que fueron combatidos por San Agustín y condenados por los concilios de Cartago y Mile-

vi confirmados por el Santo Pontífice Inocencio I. El socialismo moderno, hijo de la soberbia y del orgullo ha renovado más radicalmente aquellos errores. Negando la elevación del hombre al estado sobrenatural, niega también el misterio de su caída. El desorden que actualmente se observa en la naturaleza humana y que se traduce en esa lucha constante de la carne contra el espíritu, que tan magistralmente expuso San Pablo en aquellas palabras: *video aliam legem in membris meis repugnantem legi mentis mee et captivantem me in lege peccati*, este desorden no es consecuencia de aquella caída. La libertad del pecado, á que llaman los moralistas libertad de *contrariedad*, no es un accidente de nuestra libertad, una enfermedad moral consecuencia de aquella caída; sino esencial á nuestra naturaleza. El ejercicio de esta libertad es un derecho en el hombre, y éste puede y debe combatir todo cuanto á él se oponga. Abajo toda ley, abajo todo principio de autoridad. El mal no existe; y si existe no es en el hombre, sino en la sociedad.

El hombre nace bueno, y la sociedad es la que lo deprava. Por consecuencia ¡guerra á la sociedad! Los hechos espantables que diariamente se repiten, ponen de manifiesto los grandes peligros de que se halla amenazado el orden social.

La Iglesia no podía permanecer indiferente ante estos peligros y no permaneció. La negación del pecado es la causa del mal; la afirmación del pecado había de ser su único remedio. Pero no era suficiente una afirmación como la hecha en tiempo de Pelagio: entonces el error se manifestaba austero, y bastaba afirmar sencillamente la verdad contraria. Hoy el error se presenta en otra forma: va acompañado del más grosero sensualismo, y era preciso oponer á la vez un tipo de belleza ideal que sirviese de antídoto.

Pio IX comprendiólo así, y el 8 de Diciembre de 1854 declara solemnemente que la Inmaculada Concepción de María Santísima es doctrina revelada por Dios á la Iglesia.

«Por tanto, dice Pio IX, declaramos, fallamos y definimos que la doctrina que sostiene, que la Beatísima Virgen María fué, en el primer instante de su Concepción, preservada inmune de toda culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en vista de los méritos de Jesucristo Salvador del linaje humano, ha sido revelada por Dios y debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.»

Al afirmar la Iglesia la escepcion en favor de la Santísima Virgen, afirma por esto mismo la trasmision de la culpa á todo el resto del linaje humano; á la vez que propone á la actual sociedad, ávida de placeres

y goces materiales, un tipo, que imitar, de la más pura belleza.

Y afirmando el pecado, la Iglesia afirma también sus consecuencias. El hombre no es ahora tal cual salió de las manos de Dios: el hombre ha caído, y consecuencia de esa caída es la rebelion y la lucha de la carne contra el espíritu, es la libertad del pecado. El mal está en el hombre, y en el hombre es preciso combatirlo. ¡Guerra á las pasiones! Hé ahí el remedio. El mal no está en la sociedad, el mal está en nosotros mismos. La raíz del mal es nuestra soberbia y nuestro orgullo. Esto es lo que es preciso combatir. Combatámoslo, procurando imitar la humildad y la pureza de María Inmaculada, virtudes contrarias á los dos vicios capitales de nuestro siglo, el orgullo y la sensualidad.

Vicente Calatayud.

A LA CONCEPCION DE MARÍA

POR

D. Juan Rodriguez y Guzman.

Oda premiada con el *primer accésit* en el Certámen celebrado por la Juventud Católica de Valencia, el día 8 de Diciembre de 1880, en honor de María Inmaculada.

Nunca en impura copa
Guarda el mortal su aroma mas precioso:
Ni con manchada ropa
Ostenta el rey su majestad augusta:

Ni con oscura tinta
Y semblante siniestro ó enojoso,
De la mujer amada la belleza
Sobre sus lienzos el artista pinta.

Bien del cristal la nítida limpieza
Presta al aroma cárcel trasparente:
Bien adornan la régia vestidura
La púrpura ó el oro que corona
De los monarcas la elevada frente;
O del artista el amoroso anhelo
De la mujer retrata la hermosura,
Con algo de la pura
Luz que ilumina el prometido cielo.

¿Y el Creador de todo cuanto existe,
La quinta esencia de su amor profundo
Pudo encerrar en cenagoso vase?

¿Y el Rey de reyes, que de luz se viste
Para velar su majestad al mundo,
Manchado traje revistió á su paso?

¿Y aquél Artista eterno,
Que en el retrato de su Madre encierra
Su inspiracion celeste, dejaría
Que llamara á las puertas de la tierra
Marcada con el sello del infierno
La figura sin mancha de María?

¡Nunca, Reina y Señora!
Símbolo de pureza la increada
Mente os formó de Dios el primer día
Del Universo en la risueña aurora.
Pura en su seno estábais. Sin pecado
Os concibiera vuestra madre. El valle
De la vida cruzais, Virgen bendita,
Pura, del templo en el recinto oscuro;
Pura, de Nazaret en la casita;
De Betelèm junto al cerrado muro;
De la amargura en la angustiosa calle.
Pura al sepulcro descendéis, y pura
Como estrella de luz de la mañana,
Como blanca azucena que aún no ha roto
De su verde capullo la clausura,
Faro de luz del porvenir ignoto,
Brillar os mira la razon humana
Sobre un trono de estrellas en la altura.

Desde él, cual Madre tierna,
Extiende sobre el mundo el cetro de oro
Que te entregó la Voluntad eterna,

Y del amor graciosa Soberana,
Toda humana virtud rige y gobierna.

Reina de la inocencia; el tierno niño
Cuando aún del pecho de su Madre pende,
Ya balbuciente aprende
A pronunciar su nombre con cariño.
Y ¡cuántas veces cuando el niño llora
De su madre á los besos insensible,
Sus lágrimas enjuga la invisible
Mano de su celeste protectora!
Y ¡cuántas veces la infantil sonrisa
Que cuando duerme, á su inocente boca
Como un rayo de luz salta indecisa,
Será que su presencia la provoca,
Que desliza en su oído voz remisa,
O el rojo borde de sus labios toca!
Y cuando el niño juega;
A él su mirada desde el cielo llega.
Y cuando queda huérfano, María
Es madre tierna que sus pasos guía.
Y cuando el niño muere,
Es que al cielo su voz dulce le llama;
Que Ella, que tanto la inocencia ama,
Un ángel más junto á su trono quiere.

Reina de la pureza, á la doncella
Que su socorro invoca, vigilante
Guarda del mundo y de su impuro fango.
¡Feliz la que al seguir su casta huella,
Ni en pensamiento, abdica un solo instante
De la virginidad el alto rango!
La mística Azucena,
La Virgen sin mancilla,
Acoge amante y de sus dones llena
Al alma pura que en su altar se humilla.
De la niña sencilla
Ella cierra con broches los oídos,
A los que siempre la palabra obscena
Hal a en el sueño del candor dormidos.
Ella encubre á su tímida mirada
De toda desnudez la fría imagen.
Y obliga á que ante el vicio, avergonzada,
Como un velo sus párpalos se bajen.
Ella á su rostro imprime
El rosado rubor que al hombre encanta,
Y Ella convierte en trasfusión sublime

Sin que el pudor lastime,
La niña en madre, y á la madre en santa:

Ella á la casta esposa
Dulce consuela, si el hogar desierto
Su inseparable compañero deja;
Sus lágrimas enjuga bondadosa.
Presenta á Dios su lastimera queja,
Y ¡cuántas veces! ¡cuántas! del incierto
Rumbo por donde el hombre va perdido,
Por María y su esposa redimido,
Vuelve al hogar, como el marino al puerto,
La oveja á su redil y el ave al nido.
¡Cuántas virtudes, que en su seno duermen,
Que su madre sembrara con fatiga
Cuando en sus brazos le arrulló de niño,
De su esposa al cariño,
Siente brotar, cual de fecundo germen
Brotó en el surco la dorada espiga!
Entonces, sólo entonces nuestro impuro
Pensamiento se humilla ante su gloria,
Y el hombre, siervo ó rey, artista ó sábio,
Evoca con la fuerza de un conjuro
La oracion que, olvidada en su memoria,
Oyera un día del materno lábio.

Y la contempla en el azul del cielo
Sonriendo tranquila,
Calmar de Dios la cólera severa
Cubriendo á todos con el ancho velo
Que misterioso oscila
En pós de su tendida cabellera.
Cantan su gloria entonces,
Formando himno gigante,
Lira y pínzel y mármoles y bronces.
Y del poeta la cancion sonora
Símbolos busca á su candor divino,
En el lirio del valle, en la azucena,
En la apacible oveja triscadora;
En la estrella, que traza su camino
Del alto cielo en el azul oscuro;
En el ave que cruza la serena
Region del aire; en la sellada fuente;
En el huerto cercado por un muro;
En todo lo sencillo é inocente,
En todo lo que es puro.

Y la pinta el artista cual ninguna

Hermosa y agraciada;
Bordado el manto azul de estrellas de oro;
Por escabel la luna;
Por el sol centellante coronada;
Sobre un trono de nubes
Que en armonioso coro
Sostienen Serafines y Querubes,
Mientras en los profundos
Abismos del espacio,
Se eslabonan los soles y los mundos
Para formar la bóveda brillante
Del pórtico triunfal de su palacio.

Y el sábio con la augusta
Majestad de la Ciencia se le humilla,
Y en su conciencia justa
La aclama sin mancilla.
Y el Rey sigue su ejemplo,
Su cetro, sus tesoros y corona
Deponiendo á los piés de sus altares,
O levantando un templo
A sus invocaciones tutelares.
Y en la choza y la aldea,
En el palacio y la ciudad murada,
Desde el valle á las cumbres,
Aclaman á María Inmaculada
De razas, de naciones y de pueblos
Inmensas muchedumbres.

¿Lo oís? De veinte siglos nos rodea
La tumba gigante;
Muévase el polvo, animase, palpita,
Suena un eco: «¡Bendita
Será siempre la Virgen de Judea!»
Y allá del porvenir donde se esconden,
Los siglos venideros le responden:
«¡Siempre bendita sea!»

Sea bendita pues, la que con Roma
Aclama Inmaculada el mundo todo;
La que cruzó la tierra, sin que el lodo
Salpicara sus alas de paloma.
Los que os sentís cristianos,
Defended su pureza soberana
Si la intentan manchar lábios villanos,
Con la fé y el valor con que á una hermana
Defienden sus hermanos.
Y no olvideis, si en vuestro pecho áltivo

Sentís latir inextinguible y vivo
Del amor de la pátria el fuego santo,
Que, como Madre á su inocente hija,
Ella, á España cobija
Bajo los pliegues de su exceso manto.
Que tambien hay naciones
A quienes en los fastos de la gloria
Marca con sello impuro sus blasones
El hierro enrojecido de la Historia,
Y que al juzgar severa
De nuestra pátria el inmortal destino,
Por María, celeste medianera,
Ni ha de hallar mancha en su blason divino
Ni un átomo de lodo en su bandera.

LOS CONVENTOS

POR

Víctor Hugo.

Unos cuantos hombres se reúnen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociacion.

Viven encerrados. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir ó cerrar su puerta.

No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

Y en su casa ¿qué hacen?

Hablan en voz baja; bajan los ojos, trabajan.. Renuncian al mundo, á la vida de las grandes poblaciones, á la sensualidad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo, al interés.

Van vestidos de tosco paño ó tos-

ca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí, porque lo que tiene lo dá á todos. El que era lo que se llama noble, caballero y señor, es igual al que se llama villano.

La celda es igual para todos. Todos pasan por la misma tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco á la espalda, la misma correa en la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. Entre ellos podrá haber un príncipe; será una sombra como los demás. Allí no hay títulos; hasta los apellidos de familia desaparecen; sólo son conocidos por el nombre. Todos están encerrados bajo la igualdad del nombre del bautismo. Han disuelto la familia carnal y constituido en su comunidad una familia espiritual. Los parientes son todos los hombres, socorren á los pobres y cuidan á los enfermos: elijen aquellos á quienes han de prestar obediencia, y unos á otros se llaman hermanos. Aquí me interrumpen diciendo:

—¡Pero ese es el convento ideal!

—Basta que sea el convento posible, para que sea el que debe considerarse.

Prescindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestion histórica y política; considerando esta cuestion bajo el punto de vista ex-

trictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante, y con la condición de que la vida doméstica sea absolutamente voluntaria, y solo entren en ella los que tengan vocación, miraré siempre las comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia en algunos puntos. Donde hay comunidad hay asociación: donde hay asociación hay derecho. ¡El monasterio es el producto de la fórmula igualdad, fraternidad! ¡Oh! ¡Qué grande es la libertad! ¡Qué espléndidas trasfiguraciones realiza! La libertad basta para convertir al monasterio en república. Digamos aún algunas palabras.

Culpamos á una religion cuando está saturada de intrigas; despreciamos lo espiritual cuando se opone á lo temporal; pero honramos en todas partes al hombre que medita.

Saludamos al que se arrodilla.

La fé es necesaria al hombre ¿Desgraciado el que no la tenga!

El hombre no esta desocupado cuando se extasía, porque hay trabajo visible é invisible.

Contemplar es trabajar; pensar es hacer. Los brazos cruzados trabajan, las manos juntas hacen. La mirada que se dirige al cielo es una obra.

Thales estuvo cuatro años inmóvil. Thales fundó la filosofía.

Para nosotros, los cenobítas no son ociosos; los solitarios no son holgazanes.

«Pensar en la sombra es una cosa grave.

«Sin debilitar en nada lo que hemos dicho, creemos conviene á los vivos el perpétuo recuerdo de la tumba; ya en este punto, el sacerdote y el filósofo están de acuerdo. «Morir tenemos,» el fundador de la trapa contestó á Horacio.

«Mezclar con la vida alguna idea de la muerte es la ley del sábio; más tambien es la ley del asceta; ambos convergen en este punto.

«Hay un crecimiento material, le queremos; pero hay tambien una perfeccion moral, la respetamos.

«Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

—¿De qué sirven esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Qué es lo que hacen?

«¡Ah! en presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera, sin saber lo que hará de nosotros la dispersion inmensa que nos aguarda, les responderemos:

—No hay quizá cosa más sublime que la que hacen esos seres.

Y añadimos.

—No hay quizá trabajo más útil.

Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca.

SOR HUBERTA.

El nombre de una Hermana de la caridad no significa nada: Sor Hu-

berta, Sor Juliana ó Sor Josefa, son palabras que designan una sola persona. Lo que se dice de una Hermana se dice de todas: son flores de una misma planta; tienen los mismos colores, los mismos aromas, la misma belleza. Por esto al reproducir el retrato de una heroína de la caridad, puede decirse que reproducimos el de todas: la misma compostura en el traje; la misma dulzura en la expresion, la misma humildad en el aspecto y en el alma.

El retrato que hoy publicamos es una protesta contra la persecucion que padece la religion en Francia; persecucion que hace buena la memoria de los Césares paganos. La Hermana Huberta acaba de morir en Dieppe entre el llanto de una numerosa familia de pobres, de enfermos, de huérfanos y de gentes desvalidas. Su nombre quedaria talvez oscurecido bajo el manto de su angélica humildad, si los periódicos religiosos de Francia no lo hubieran lanzado al rostro de los perseguidores de la Iglesia, que se dicen amigos y defensores del pueblo.

Sor Huberta (María Ana) nació en Condésur-Noireau (Calvados) el 23 de Enero de 1800, cuando ardía su patria en el fuego de todos los crímenes. A los 16 años entró en el Noviciado de la Providencia de Rouen; despues de varias vicisitudes vino á fijar su residencia en Dieppe por el año de 1826. Mujer

de gran entendimiento y de superior voluntad, propúsose fundar un asilo para los hijos de los marinos y de los pescadores muertos en el mar. No contaba con recursos, pero tenia el auxilio del cielo, y su empresa se llevó á cabo con admiracion de todo el mundo. La caridad la inspiró ingeniosos recursos para allegar fondos á sus santas empresas, y no fué el menos fecundo el haber inventado un nuevo procedimiento para la fabricacion de encajes, el cual la valió medallas de honor en la exposicion de Rouen en 1842 y en la de París de 1855.

Y no contenta con haber establecido un taller de encajes, apeló á nuevas invenciones en el terreno de la medicina, convirtiéndose por su solo celo y laboriosidad en doctora y farmacéutica con gran éxito y renombre. Observando los estragos que causaba la tiña en aquella comarca, se dedicó á estudiar esta dolencia, y muy pronto acertó con un remedio desconocido y perfectamente eficaz para contener sus estragos. Estableció consulta diaria y gratuita, y pasan de dos mil las personas que allí encontraron su salud.

Con los recursos que atraía su caridad, fundó una casa para recojer estudiantes pobres y otro taller de costura para las hijas huérfanas de marinos. Sor Huberta ha muerto santamente, viendo producir copioso fruto sus fundaciones, amenaza-

das hoy también de muerte por el patriotismo de los republicanos franceses.

Hemos dicho que el nombre de una Hermana de la Caridad no significa nada, porque todas son iguales, y para completar esta noticia de Sor Huberta, vamos á transcribir una relacion publicada por el general *Ambert* en un diario de Paris á propósito de otra hija de San Vicente de Paul, cuya vida ha sido también admirable. Dejamos la palabra al ilustre veterano:

«Un viajero, que visitó hace algunos años la América del Norte, me ha referido el siguiente suceso:

«Algunos meses después de la toma de Richmond por los confederados, se representaba en el teatro de Savannah un drama militar, que hacía afluir al teatro multitud de personas. Una escena representaba la batalla, otra la emboscada que la había precedido. Entre los espectadores se hallaban antiguos voluntarios, que no habían olvidado las fatigas y pruebas de la guerra. Los diversos incidentes de la representación despertaban multitud de recuerdos, que se revelaban por una emoción profunda ó un entusiasmo á duras penas contenido.

Hubo una escena que representaba á una Hermana de la Caridad arrodillada al pié de un herido, cuya ensangrentada cabeza sostenía.

Acababa de levantarse el telón, y ni una palabra se había pronunciado en la escena.

De repente tres ó cuatro hombres se levantaron de sus asientos y aplaudieron gritando: «¡Viva Sor Juliana!»

Estos hombres, de rostro viril, de robusto brazo, de cuyos anchos cinturones colgaban armas, detuvieron la representación por espacio de quince ó veinte minutos. Otros hombres se levantaron también, y bien pronto todos los espectadores se hallaron de pié. Las mujeres arrojaban al escenario sus ramos de flores, los ancianos aplaudían, los hombres agitaban sus sombreros, y el teatro resonaba con este inmenso grito: «¡Viva Sor Juliana!»

Cuando empezó á restablecerse la calma, uno de los espectadores, cubierto de una piel de búfalo, pronunció estas palabras: «Sor Juliana nos ha salvado la vida en el hospital de San Francisco.»

—¡En todas partes! ¡en todas partes!—respondieron mil voces. —¡Viva Sor Juliana!

Sorprendido de este arrebató de reconocimiento en un pueblo bastante refractario á la sensibilidad, poco católico y poco militar, el viajero preguntó quién era Sor Juliana.

Ninguno de aquellos hombres lo sabía. La Hermana que llevaba el traje de nuestras Hermanas de la Caridad hablaba tan fácilmente el

inglés como el francés: se la había visto en los ejércitos del Norte y en los del Sur, ora en el hospital, ora en los campos de batalla.

La Hermana había atravesado aquellas muchedumbres, que solamente respiraban odio y venganza, sin perder un solo instante la tranquilidad de su alma.

Cuando se celebró la paz y ya no hubo plagas que combatir, llagas que cicatrizar, lágrimas que enjugar, valor que reanimar, moribundos que sostener, la Hermana desapareció de repente.

¿Había ido á China ó á la India? ¿se había sumergido en los misteriosos valles del Oriente, ó pisaba las ardientes arenas de Africa?

Nadie lo sabía. Había venido sin que la llamaran: había prestado servicios, y despues había desaparecido.

Léese en las *Misiones Católicas, boletín semanal de la Propagación de la Fé*, del mes de Agosto de 1869. lo siguiente, que se refiere á una Hermana de la Caridad:

«El 1.º de Julio de 1863 los dos ejércitos se encontraron en Gettysburg, Pensilvania. La batalla fué larga y sangrienta; en la tarde del día 3 duraba todavía, cuando una lluvia torrencial hizo cesar la matanza.

El domingo 4, por la mañana, inmediatamente despues de la Misa, fueron designadas doce Hermanas

para ir al campo de batalla á prestar socorro á los heridos. El camino, malo en buena estacion, era entonces casi impracticable, ya por haber pasado por él dos ejércitos, ya por la abundante lluvia que había caído. El Ejército del Sur había pasado, durante la noche, por el mismo camino, dejando á su paso muertos y moribundos.

Los centinelas del Norte, al descubrir nuestros coches, iban á hacer fuego sobre nosotros; pero nuestras blancas insignias nos sirvieron de pabellon parlamentario. Luego que fuimos reconocidos por las avanzadas, nos dieron una escolta para que nadie nos molestase.

Entonces pudimos apreciar lo que eran los horrores de un combate. Por do quiera había cañones, fusiles y eadáveres. El agua de la lluvia se había mezclado con la sangre que abundantemente había corrido en esta vasta llanura: nuestros coches y nuestros caballos se hallaban literalmente cubiertos de ella.

La Hermana Juliana ocupaba un puesto en el primer coche, llevando su rosario en la mano y fija la mirada en el cielo. Hacia cuatro días que no había descansado un instante siquiera, que solo había comido un poco de bizcocho que le había dado un soldado.

Las Hermanas abandonaron los coches de ambulancia y se dispersaron por el campo de batalla. Gran-

des pájaros se cernían en los aires lanzando siniestros gritos; pero en la tierra todo permanecía inmóvil y mudo. Allí se hallaba, en su dolorosa realidad, lo que los poetas han llamado el sueño de la muerte.

No obstante, Sor Juliana y sus compañeras buscaban á los heridos y moribundos. Inclínada la cabeza sobre sus pechos heridos, interrogaban con la mirada y sorprendía muchas veces un quejido, una agonía, un murmullo, y aun menos, un soplo fugitivo. Entonces caían de rodillas y pedían á Dios la vida de aquel desconocido. Le prodigaban caricias de madre, y con sus delicadas manos curaban las heridas.

A su alrededor, los compañeros de aquellos moribundos y de aquellos muertos, dirigían una fría mirada sobre el campo de batalla: tarde ó temprano, ya les tocaría su vez; pero si dejaban de mirar á sus hermanos, que habían caído los primeros, contemplaban con admiración á las Hermanas de la Caridad.

Hijas de la envejecida Europa, han atravesado el Océano, abandonado á su patria, á sus familias, á sus amigos, para dar á desconocidos los socorros de la caridad cristiana.

Estos extranjeros no conocen de ellas más que un nombre: Sor Juliana y Sor Luisa....

Al atravesar un campo de batalla el extranjero es herido; vacila y cae. La Hermana corre, le levanta y

le salva la vida. Después cada cual emprende su camino, ella para socorrer nuevas miserias, él para exponerse á nuevos peligros.

A los ojos del vulgo no son más que pasajeros que se encuentran por casualidad; y de los que el más fuerte necesita del más débil. El vulgo, sorprendido, admira, sin comprender.

Pero Sor Juliana no es un pasajero, sino un enviado. Saliendo de una choza, ó de un castillo, ha dejado su Bretaña, su Provenza, su Irlanda, ó su España, para obedecer al dedo de Dios que le señalaba su camino en este mundo.

Ella misma ignora quizá su misión. Sor Juliana se contenta con orar y servir siempre y donde quiera. El sacrificio es su vida. La hemos visto en medio de los apestados de Jaffa, y mucho tiempo después la hemos vuelto á hallar en medio de la nieve del Beresina: la hemos descubierto en las marchas penosas que siguieron al desastre: la hemos admirado en las colonias lejanas que diezmaba la fiebre amarilla: la hemos visto en la escuela de la aldea, enseñando á leer á los hijos del pobre, y la hemos vuelto á ver junto al lecho de los moribundos.

Todas las grandezas de la antigua Roma, todas las filosofías de Grecia, no presentan una figura tan pura y tan sencilla como la de la

Hermana de la Caridad. Ella es, en su silencio, el mas elocuente de los enviados. Lo que ella dice, sin mover los labios, es el canto más magnifico de la Iglesia.

Los que han visto á Sor Juliana en los campos de batalla, nunca la podrán olvidar. Débil y tímida desafía los peligros y la muerte para socorrer á desconocidos: sus brazos se hacen fuertes y su mano poderosa. Su frente no se inclina ante la metralla, y su mirada sondea la profundidad de una llaga, cuando la tierra tiembla bajo sus plantas.

Superior á las pasiones é intereses humanos, esta mujer se eleva hasta el Cielo.

El paganismo tenia sus sacerdotisas; los griegos honraban á las jóvenes que moraban en el templo de Neptuno, en la isla de Calauria: á las del templo de Diana, en Egira; á las de Minerva, en Zegea, y á las de Juno, en Mesenia. Estas sacerdotisas cantaban alabanzas al génio tutelar de la Elide, y quemaban perfumes en su honor. En Roma las Vestales, en número de seis, hacian sacrificios por la salvacion del Estado; conservaban el fuego sagrado y custodiaban el *palladium*. Estaban rodeadas de tal consideracion y respeto, que cuando los primeros magistrados ó cónsules las encontraban, les cedian el paso y bajaban las haces ante ellas. Dos lictores las precedian. Todo ciudadano que hu-

biese insultado á una Vestal, era condenado á muerte. La ley les concedia el derecho de perdonar á un criminal, conducido al suplicio, si le encontraban en su camino.

¡Cuánta distancia hay de estas sacerdotisas á nuestras religiosas! Las primeras servian á su divinidad; las segundas se dedican á socorrer á la humanidad de quien son sirvientas, en nombre del verdadero Dios. Sin embargo, esta sociedad, por la que se inmolan nuestras religiosas, no les concede el respeto de que gozaba la sacerdotisa en la antigüedad pagana.

Pero Sor Juliana desdeñaria el saludo de las haces y la compañía de los lictores. En los ejércitos, y bajo el techo de los hospitales, encuentra el reconocimiento de los guerreros y la bendicion de los pobres.

¿Qué le importa la ingratitud de un mundo que no la conoce? Continúa su camino, sin volver la cabeza. El soldado que la saluda, el pobre que se inclina ante ella, el niño que la sonrie, hé aquí la recompensa que Dios le dá, y que es bien superior á la de las haces y de los lictores.

Marchad, Sor Juliana; marchad siempre como los enviados: las piedras de los caminos desgarrarán vuestros piés; vuestras manos al contacto de los abrojos y de las espinas, se ensangrentarán; pasareis hambre y frio, y ni un solo dolor de-

jareis de sufrir. Conocereis la persecucion, tal vez el martirio; pero Aquel que os ha enviado cuenta vuestros pasos.

Durante un frio dia de Diciembre de 1870, habia desaparecido la bruma, y el sol brillaba espléndido sobre el horizonte. Los campos recobraban nueva vida, y los soldados, reunidos en grupos, gozaban con delicia de aquel sol que hacia ya tiempo no veian.

Delante de la ambulancia ví á una Hermana de la Caridad ilevar arrastrando un basto sillón. Despues de haber buscado el mejor sitio, al abrigo del viento y frente al sol, la hermana colocó almohadas en su interior, haciendo de él un verdadero nido.

La Hermana desapareció por unos instantes, pero volvió en seguida sosteniendo á un soldado herido, que se dejó caer en el sillón, sin levantar siquiera la cabeza, inclinada sobre el pecho. Envuelto en un ancho capote gris, este hombre tenia una palidez lívida, y su respiracion entrecortada se parecía á un gemido.

La Hermana cubrió con una maná de lana los hombros del herido, poniendo sumo cuidado en colocarle lo mejor posible. Pero aquel hombre parecia no ver nada. La cariñosa Hermana se colocó algunos pasos delante de él, y despues de haberle

contemplado un instante, se aproximó á él, le levantó la cabeza, y con la mano derecha le enseñó el sol. Muy distante para oír lo que decia la Hermana, comprendí, sin embargo, que se reia y le decia algun chiste para divertirle. Una sonrisa se dibujó en los labios del herido, y su mirada se fijó en el sol que le rodeaba.

La Hermana habia hecho á este herido la caridad de un rayo de sol.

Al alejarme, me pareció oír un grito atravesando el Océano para llegar á la envejecida Europa, ingrata y olvidadiza. Los frios y especuladores americanos me enviaban este grito de reconocimiento: «¡Viva Sor Juliana!» «Viva la Hermana de la Caridad!»

General Ambert.

MOSAICO.

Vamos á permitirnos dar un consejo á *El Graduador*.

Sí el quitar á cualquiera la vida del cuerpo es un crimen, lo es mucho mayor y mas punible al arrebatarle las creencias religiosas que son la vida del alma. Decimos esto, á propósito de una gacetilla y de un suelto publicados por el colega sobre la celebracion como festivo del dia de San Nicolás en esta capital de que dicho santo es patrono. Ya que *El Graduador* tenga la desgracia de no creer y no quiera observar los

días festivos prescritos por la Iglesia, deje en paz á los demás que quieran observarlos, y absténgase de hacer ciertas indicaciones.

Sepa que la abstencion del trabajo en días festivos, no solo es un precepto divino y eclesiástico, sino hasta una conveniencia social y económica, y un deber de humanidad.

Parece cosa resuelta la presentacion del Ilmo. Sr. Guisasola, obispo de Ciudad-Real, para la Silla de este Obispado de Orihuela.

En el partido rural de la Pedrera, se han celebrado este año con gran solemnidad las fiestas del quincuagésimo séptimo aniversario del hallazgo del Sacro viril robado en Onil. Asistieron varios sacerdotes y gran número de familias piadosas y conocidas del dueño de la finca en que se celebraba la funcion, que lo es el Sr. D. Juan Bautista Bañó.

La orquesta, bajo la direccion del Sr. Sochantre de esta Colegial, estuvo acertadísima; e lorador, D. Eliseo Soler, hizo derramar abundantes lágrimas al auditorio con su sencilla á la par que conmovedora elocuencia.

El templo estaba convenientemente decorado y profusamente iluminado.

Felicitemos á todos los que han contribuido á la solemnidad de es-

tos cultos, y particularmente al dueño de la hacienda donde se han celebrado.

Discussion de' Reichstag del 30 de Noviembre.

El doctor Virchow se aprovechó de la discusion del presupuesto del ministerio de Estado para interpelar al príncipe de Bismarck acerca de las negociaciones con Roma. Dijo que, en vista de los rumores que circulaban, era oportuno que el canceller diese las explicaciones que le fuera posible dar para tranquilizar al país. Contestando á la pregunta, el príncipe de Bismarck manifestó que no existen negociaciones entre el imperio alemán y la Santa Sede; pero que el rey de Prusia trata de acreditar un embajador prusiano cerca de la Santa Sede para facilitar el arreglo de las cuestiones personales y locales.

El nombramiento de un embajador es la consecuencia lógica de la situacion actual, no de negociaciones teóricas. Las causas de desacuerdo que existian con el Papa no existen ya, y el Papa parece dispuesto, en interés de los católicos, á establecer un *modus vivendi*, conforme á las tradiciones de independencia del Estado.

En el próximo presupuesto de Prusia figurará el sueldo del embajador prusiano cerca de la Santa Sede. Pero si el Gabinete prusiano lo desea, puede fácilmente convertirse el embajador de Prusia en embajador de Alemania. En Alemania, por lo demás, no existe el *Culturkampf*, y si solo en Prusia.

El orador ultramontano, Sr. Windthorst, que habló despues, dijo que

deseaba que se restableciese la embajada alemana y que se reservaba el derecho de presentar un proyecto de ley. Acusó al Dr. Virchow de desejar la continuacion del *Culturkampf* á lo que el doctor replicó que por su parte no queria atacar á la Religion sino la jerarquia. El canciller dijo que él no atacaba á nadie. Habia llegado el tiempo de hacer la paz. Añadió que el centro en algunas ocasiones habia creado dificultades, pero nunca peligros como los progresistas, y declaró que estos jamás le habian apoyado.

Despues de esto, habiendo declarado un conservador protestante, el Sr. Malzahn, que se uniria á los católicos creyentes y no á los progresistas ateos, provocaron estas palabras un tumulto espantoso en las filas liberales, tumulto que aumentó cuando el Sr. Reichens Berges dijo que la cuestion estaba reducida á saber quién estaba al lado y quién enfrente del signo de la cruz.

Habiendo contestado á estas palabras el diputado ateo Richster, que allí se abusaba del nombre de Dios y habiendo añadido que el príncipe imperial estaba contra Bismarck, se produjo otro tumulto espantoso, y que no fué el último.

El ultra-ortodoxo conservador señor Kleist Retzow, que se levantó despues, dijo que los liberales habian impuesto el *Culturkampf* y el matrimonio civil, etc.

Terminó diciendo: «Aprovecho esta oportunidad de decir que los señores Hanel y Virchow, como algunos animales, están siempre ladrando á la puerta.» Grandísimas protestas siguieron á estas palabras.

Van bien los Parlamantos.

Como verán nuestros lectores, el horizonte comienza á despejarse; esperemos.

De una correspondencia de Roma fecha 19 del pasado mes tomamos lo siguiente:

Al terminar el Consistorio celebrado ayer mañana en el Vaticano, es decir, inmediatamente despues de la postulacion del palio para los nuevos metropolitanos, el Sumo Pontifice habiendo hecho entrar en la sala á los Arzobispos y Obispos recientemente preconizados presentes en Roma, les dirigió un discurso para manifestarles los motivos que le habian movido á restablecer la jerarquia católica en Bosnia, y Herzegovina.

El metropolitano de esas provincias Mons. Stadler, preconizado con el título de Arzobispo de Serajevo, tomó la palabra en nombre de los Obispos presentes para dar gracias á Su Santidad por la eleccion que se habia dignado hacer, y luego manifestó los incalculables beneficios de la union de la Iglesia y de la extension del reinado de Jesucristo. Nueva prenda de la union de Bosnia y Herzegovina á la santa Iglesia católica, será la consagracion que el domingo recibirá Mons. José Stadlet en la antigua é ilustre iglesia de San Clemente, que está llena de recuerdos de la mision confiada por los Papas á los apóstoles de los eslavos. Será consagrante el Cardenal Mónaco La Valletta, Vicario general de Su Santidad.

Dicen de Córdoba, que en San Pedro de Alcántara ha tenido lugar un

acto que ha dejado grata impresion en el vecindario.

Con gran solemnidad han vuelto á entrar en la religion católica tres jóvenes hermanas y su abuela, que se habian declarado protestantes hace años, recibiendo tambien el bautismo otra hermana de las primeras llamada Susana, que se hallaba sirviendo en la casa del Sr. D. Francisco Navas, cuya virtuosa y excelente esposa, doña Amalia Flores, ha conseguido este triunfo.

Escriben de Tanger. (Africa.)

«Bajo la iniciativa de los padres de la órden de San Francisco se ha organizado en Tanger una sociedad católica de socorros mútuos. La idea es buenísima, pero no dudamos que tendrán necesidad de corregir muchos defectos si quiere que llegue á la altura de las muchas que hay en Cataluña y otros puntos de España, cuyas sociedades solo exigen de los socios que sean honrados y trabajadores.»

Una religiosa consagrada á la enseñanza y acusada de haber castigado con crueldad á una niña, ha sido absuelta por el tribunal con todos los pronunciamientos favorables. De la causa resulta, pues, con completa evidencia, que la religiosa ha sido vilmente calumniada.

Verán Vds. como los periódicos que dieron la noticia del supuesto cruel castigo, no dan la de la absolucion libre de la calumniada religiosa.

CULTOS RELIGIOSOS.

Sábado.—En Santa María, á las diez, misa conventual con sermon que predicará el M. I. Sr. Abad de la Colegial, y por la tarde, á las tres y media, Completas y sermon que predicará D. Rafael Amat, capellan de las Casas de Beneficencia; á continuacion la novena, estando expuesto S. D. M.

Domingo.—A las nueve, misa conventual, con sermon que predicará D. Tomás Domenech, vicario de San Francisco.

Lunes.—A las diez, misa con sermon, que predicará D. José Baeza, y por la tarde en la novena, D. Vicente Morell, regente de la parroquia de San Vicente.

Martes.—A la misma hora, misa con sermon, que predicará el doctor D. Casiano Quilez, canónigo magistral y por la tarde, D. José Juliá, canónigo de las Religiosas Agustinas.

Miércoles.—A la misma hora, misa con sermon, que predicará el señor D. Francisco Hernandez y Lucas, cura de esta parroquia, y por la tarde, en la novena, D. Antonio Llofriu, vicario de la misma.

Jueves.—Ultimo dia de la novena: á las diez, misa con sermon, que predicará D. José Baeza, canónigo de la Colegial, y por la tarde, en la novena, predicará D. José Carratalá, beneficiado de la Colegial, estando expuesto todos los dias Su Divina Majestad.

Los anteriores cultos se celebran en la iglesia de Santa María.

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva.